

detras del rey, y dejó, con aplauso de la tribuna, al príncipe real sobre la mesa de la Asamblea.

El rey, su familia y los dos ministros se dirigieron hácia el banco destinado á los ministros, poniéndose al lado del presidente. Vergniaud era el que presidia. El rey le dijo: «He venido aquí para evitar un gran crimen, porque pienso que no podré estar seguro sino entre vosotros.» «Podeis contar, señor,—respondió Vergniaud,—con la firmeza de la Asamblea nacional; sus miembros han jurado morir por sostener los derechos del pueblo y á las autoridades constituidas.» El rey se sentó. La Asamblea era poco numerosa; un silencio de estupor reinaba en la sala, y las fisonomías estaban melancólicas; las miradas respetuosas y compasivas se fijaban involuntariamente en el rey, la reina, madama Isabel, en la jóven princesa, que se hallaba en toda la belleza de su adolescencia, y en el príncipe, que la reina tenia de la mano, limpiándole el sudor de la frente. El rencor se amortiguaba ante el sentimiento de las vicisitudes repentinas que acababan de arrancar á este rey, á este padre, á aquellos niños y á aquellas mujeres de su morada, sin saber si volverian más á ella. Jamás la suerte dió más dolorosos secretos en espectáculo. Eran éstas las angustias del corazón humano en toda su desnudez. El rey las ocultó impasible, la reina con dignidad, madama Isabel con resignacion, la infanta con lágrimas, y el Delfin con indiferencia. El público no advirtió nada que desmintiese la dignidad del rango, del sexo, de la edad y del momento. La fortuna parecia que habia encontrado almas iguales á sus golpes.

III

La deliberacion comenzó. Un miembro se levantó é hizo observar que la Constitucion prohibia deliberar delante del rey. «Es cierto»,—dijo Luis XVI inclinando la cabeza.

Para obedecer á este escrúpulo irónico de la Constitucion en el momento en que ya no existia, se decretó que el rey y su familia se situaran en una tribuna de periodistas que llamaban del logógrafo.

Esta tribuna, de diez piés en cuadro, estaba detras del presidente, á nivel de los bancos más elevados de la Asamblea, y separada de la sala por una reja de hierro asegurada en la pared. Allí se condujo al rey. Los jóvenes escritores que copiaban los discursos para reproducir literalmente las sesiones se estrecharon un poco para dejar sitio á la familia de Luis XVI. El rey se sentó en la delantera de la tribuna, la reina en un rincon para ocultar su cara en la sombra; en una banqueta de paja pegada á la pared, madama Isabel, los infantes y su aya; y en el interior de la tribuna, los dos ministros, algunos oficiales de la casa real, el duque de Choiseul, Carl, comandante de la gendarmería á caballo, Mr. de Sainte-Croix, Dubouchage, el príncipe de Poix, los señores de Viomenil, de Montmorin, d'Hervilly y de Briges, cortesanos de la agonía del trono, se quedaron en pié cerca de la puerta. Un piquete de granaderos de la guardia de la Asamblea, con algunos oficiales superiores de la escolta del rey, ocupaba el pasillo é impedía que circulase el aire; el calor era sofocante, y el sudor corria por la frente de Luis XVI y de sus hijos. La Asamblea y las tribunas, que se llenaban por momentos, parecian exhalar un calor semejante al de un horno en aquella angosta embocadura. La agi-

tacion de la sala, las mociones de los oradores, las peticiones de los seccionarios y el murmullo de las conversaciones entre los diputados por la parte de dentro, el tumulto del pueblo, los ataques dados por él á las puertas para forzar las centinelas, los alaridos de los grupos, los gritos de los sicarios que empezaban el degüello en el patio del Picadero, las súplicas de las víctimas, los golpes de muerte, los cuerpos que caian, formaban un ruido horroroso por la parte de afuera.

Apénas llegó el rey á este asilo, cuando un clamor redoblado del exterior hizo temer que las puertas cediesen y que el pueblo viniese á inmolarse al rey encerrado en aquella especie de calabozo. Vergniaud dió orden de arrancar la reja que separaba la tribuna de la sala, para que Luis XVI pudiese refugiarse en medio de los diputados si la invasion del pueblo era por los corredores. A falta de albañiles y herramientas, algunos diputados más próximos al rey, así como Mr. de Choiseul, el príncipe de Poix y los ministros y el rey mismo, acostumbrado á servirse de las manos para sus rudos trabajos de cerrajería, unieron sus esfuerzos y arrancaron la reja de su sitio. Gracias á esta precaucion, aún quedaba al rey alguna esperanza contra el hierro del pueblo; pero la majestad real permanecia al descubierto ante los enemigos que tenia en la sala. Las conversaciones de que era objeto llegaban sin obstáculo á sus oidos, viendo y entendiéndolo todo. Espectadores y víctimas á la vez, las personas reales presenciaron por espacio de catorce horas su propia degradacion.

En la tribuna misma del logógrafo, un hombre jóven aún, y que se distinguió por sus servicios, Mr. David, en fin, célebre pintor, que fué despues cónsul general y diputado, anotaba respetuosamente, para transmitirlos á la historia andando el tiempo, la actitud, la fisonomía, los movimientos, las lágrimas, el color, la respiracion y las contracciones de los músculos de los semblantes de la familia real durante aquellas interminables horas.

El rey estaba tranquilo y sereno, sin tomar parte en los acontecimientos, como si asistiese á un drama en que otro fuese el protagonista. Su robusta naturaleza le hacia sentir las necesidades del cuerpo y la precision de tomar alimento aún bajo las impresiones de su alma; nada se suspendió en aquella poderosa vida; hasta la agitacion de su espíritu punzaba sus sentidos, teniendo ganas de comer á la hora regular en que lo hacia otros dias. Le trajeron pan, vino y algunos fiambres, y comió, bebió y trinchó un ave con tanta calma como si se encontrase en una reunion de cazadores, despues de un largo paseo á caballo por los bosques de Versailles. En aquellos momentos el hombre físico era en él superior al hombre sensible.

La reina, que sabia que las calumnias populares convertian la necesidad de comer del rey en grosera sensualidad y aún en embriaguez, padecia interiormente por verle comer en semejantes momentos. No quiso por consiguiente tomar nada, y su familia la imitó. Ella estuvo en aquel largo rato silenciosa, con los labios cerrados, los ojos ardientes y secos y las mejillas encendidas; su aspecto era triste y abatido, pero siempre firme, con los brazos caidos descansando en sus rodillas, como si los tuviese atados, manifestando en el semblante la expresion y la actitud de un héroe desarmado que no puede combatir ya, pero que lucha aún contra la fortuna.

Madama Isabel, de pié detras de su hermano, sin apartar su vista de él, parecia

el ángel custodio de aquella familia. Ella no tomaba parte en las escenas que la rodeaban sino en interés del rey, de la reina y de sus hijos; el dolor no aparecía en ella sino con relación á los padecimientos de los demás, y levantaba con frecuencia los ojos al cielo, notándose que estaba orando interiormente.

Madama Real vertía gruesas lágrimas, que el calor secaba en sus mejillas; el joven Delfin miraba á la sala y preguntaba á su padre el nombre de los diputados. Luis XVI se los iba diciendo, sin que se notase en su semblante ni se reconociese en su voz si nombraba á un amigo ó á un enemigo. Alguna vez dirigió la palabra á los que pasaban por delante de la tribuna para ir á los bancos. Los unos se inclinaban con la expresión de un doloroso respeto, otros volvían la cabeza fingiendo no verle. La catástrofe mitigó la irritación, y el decoro suspendió los ultrajes. Uno solo fué cruel, el pintor David. El rey, habiéndole reconocido entre los que acudieron para verle á la puerta de la tribuna, le preguntó si acabaría pronto su retrato. «Yo no haré en adelante el retrato de un tirano—respondió David—sino cuando su cabeza ruede delante de mí en el cadalso.» El rey bajó los ojos y devoró el insulto. David se engañaba: un rey destronado no es más que un hombre; una palabra que hubiese sido enérgica ante la tiranía, se convirtió en una baja cobardía ante la adversidad.

IV

Mientras que la sala se llenaba y permanecía en aquella expectación agitada pero inactiva que precede siempre á las grandes resoluciones, el pueblo, á quien ninguna fuerza armada contenía por el lado de la calle de San Honorato, había invadido el patio de los Fuldenses y hasta el umbral mismo de la Asamblea, pidiendo á grandes gritos que se le entregasen veintidos prisioneros realistas cogidos aquella noche en los Campos Elíseos por la guardia nacional.

A estos prisioneros se les acusaba de haber formado parte de las patrullas secretas esparcidas en diferentes cuarteles por la corte para examinar la disposición del pueblo y para dirigir los golpes de los satélites de palacio. Los uniformes de estos presos, sus armas y las tarjetas de entrada para las Tullerías que se les hallaron, probaban, en efecto, que eran guardias nacionales y voluntarios adictos al rey, enviados á las cercanías de palacio para conocer mejor los medios de defensa. A medida que se les había detenido, se les había depositado en el puesto de la guardia nacional establecido en el patio de los Fuldenses. A las ocho llevaron allí un joven de treinta años, con uniforme de guardia nacional. Su aspecto irritado y fiero, la elegancia marcial de su traje, la brillantez de sus armas y el nombre de Suleau, odioso al pueblo, que algunos pronunciaban viéndole pasar, atraeron las miradas de todos sobre él.

Era en efecto Suleau uno de esos escritores realistas que, como Andres Chénier, Roucher, Mallet-Dupan, Serizy y muchos otros, habían abrazado el dogma de la monarquía en el momento en que parecía que se repudiaba por todo el mundo, y que seducidos por el peligro mismo de su papel, tomaban la generosidad de su carácter por la convicción de su espíritu. La libertad de la imprenta era el arma defensiva que habían recibido de la Constitución, y de la que se servían con valor contra los excesos de la libertad; pero las revoluciones no quieren armas sino en



manos de sus amigos. Suleau había hostigado á los partidos populares, tanto en folletos sangrientos contra el duque de Orleans, como con sarcasmos ingeniosos contra los jacobinos, habiéndose burlado del poder del pueblo, cuya ira, aunque corta, es implacable en sus venganzas.

El populacho aborrecía á Suleau, como toda tiranía aborrece á su Tácito. El joven escritor mostró inútilmente una orden de los comisionados municipales en la que se le mandaba ir á palacio, y le llevaron al cuerpo de guardia. Su nombre había atraído y envenenado á la multitud, que pedía á gritos su cabeza. Un comisario municipal, al ver esto, se subió en un poyo para arengar á la muchedumbre, por ver si podía evitar el crimen prometiendo que se haría justicia. Theroigne de Mericourt, en traje de amazona y con el sable desnudo en la mano, precipitó al comisario de lo alto de aquella especie de tribuna y le reemplazó, enardeciendo con sus palabras la sed de sangre del pueblo, que la aplaudió estrepitosamente, é hizo nombrar por aclamación unos comisionados que subiesen con ella al comité de la sección, para arrancar las víctimas á la lentitud de las leyes. El presidente de la sección, Bonjour, oficial primero de la secretaría de Marina y ambicioso de ser ministro, prohibió á la guardia nacional que resistiese á la voluntad del pueblo. Doseientos hombres armados obedecieron esta orden y entregaron los presos. Once de entre ellos se escaparon por una ventana; los restantes fueron sitiados en el puesto, y llamados

Combate de los suizos en las Tullerías.—Pág. 510.

uno á uno para ser inmolados en el patio. Algunos guardias nacionales, más humanos ó ménos cobardes, quisieron, á pesar de la orden de Bonjour, disputárselos á los asesinos. «No, no,—dijo Suleau.—Dejadme ir delante. Veo que hoy el pueblo quiere sangre. Puede ser que una sola víctima les baste. Yo pagaré por todos.» Y fué á arrojarle por la ventana, pero le detuvieron.

El abate Bougon fué cogido ántes que él. Este era un autor dramático. Hombre de una estatura colosal y con brazos de hierro, luchó con la energía de la desesperacion contra los degolladores, arrastró á muchos en su caída, y acosado por el número, fué hecho pedazos.

Mr. de Solminiac, antiguo guardia del rey, pereció el segundo, y despues otros dos. Los que estaban esperando su suerte en el cuerpo de guardia, oyendo los gritos y la lucha de sus compañeros, morian muchas veces. Llamaron luégo á Suleau, á quien habian ya despojado de su gorra de granadero, del sable y de la cartuchera; pero sus brazos estaban libres. Una mujer se le enseñó á Theroigne de Mericourt, que no le conocia personalmente, pero que le aborrecia y que ardía en deseos de vengarse de las burlas á que la habia expuesto con sus escritos. Theroigne le asió por el cuello y le arrastró. Suleau se desprendió de ella, y arrancando un sable de las manos de un degollador, trató de abrirse paso hácia la calle para escaparse. Entónces corren tras él, le asen por detras, le echan al suelo, le desarman, le clavan las puntas de veinte sables en el cuerpo, y espira á los piés de Theroigne; le cortan la cabeza y la pasean en seguida por la calle de San Honorato.

Por la noche, un fiel criado compró á peso de oro aquella cabeza de mano de uno de sus asesinos que habia hecho de ella un trofeo. El leal doméstico buscó el cadáver, y entregó estos restos desfigurados á la jóven esposa de Suleau, casada con él hacía dos meses, é hija del pintor Hall, mujer célebre por su belleza y que llevaba en su seno el fruto de aquella union.

Durante la lucha de Suleau con sus asesinos, dos presos se sustrajeron á la atencion del pueblo y consiguieron escaparse. Uno solo quedaba, que era el jóven Vigier, guardia de corps del rey. La naturaleza parecia que se habia complacido en hacer de él el tipo de las formas humanas. Su belleza, admirada de los estatuarios, era un modelo y llamaba la atencion de la multitud en los lugarès públicos. Tan valiente como bello y tan diestro como fuerte, empleó para defender su vida todo lo que su alta estatura, la fuerza de sus músculos, el aplomo de su cuerpo y el vigor de su brazo podian hacer. Solo y desarmado contra sesenta, cercado, derribado y vuelto á levantar sucesivamente, enrojeció con su sangre todas las losas y cansó muchas veces á sus asesinos, durando su desesperada defensa más de un cuarto de hora. Dos veces se escapó, pero asido otras tantas, no cayó hasta que el cansancio le rindió, sucumbiendo al número. Su cabeza fué el trofeo de este combate, y aún se la admiraba al verla en la punta de una piéa en donde la habian clavado sus sicarios. Esta fué la primera sangre derramada en aquella jornada, sangre que no hizo sino irritar más al pueblo.

V

La salida del rey habia dejado á palacio en la incertidumbre y en la turbacion. Una tregua tácita parecia haberse establecido por sí misma entre los defensores y

los sitiadores. El campo de batalla se trasladó de palacio á la Asamblea, porque la monarquía se iba á levantar de nuevo ó á hundirse allí para siempre. La conquista de un palacio vacío iba á costar únicamente una sangre derramada sin objeto plausible, y las avanzadas de los dos partidos lo comprendieron así. Sin embargo, por un lado, el impulso dado tanto tiempo hacía á una masa inmensa de pueblo no podia aún detenerse por sí mismo al solo anuncio de la retirada del rey á la Asamblea, y por otro, las fuerzas militares que el rey habia dejado en las Tullerías sin mandarles que se retirasen, no podian, al ménos sin recibir una contraórden, entregar la mansion real y rendir las armas á la insurreccion. Un mandato terminante del rey podia prevenir este choque, autorizando una capitulacion; pero este príncipe, al abandonar las Tullerías, no habia abdicado aún la esperanza de volver. «Volverémos pronto»,—dijo la reina á las damas que la esperaban en sus habitaciones. La familia real no vió en los acontecimientos de aquella noche sino los preparativos de un segundo 20 de Junio, y no se refugió en la Asamblea sino para intimar con este paso al Cuerpo legislativo la obligacion de defenderla, descargarse de la responsabilidad del combate, y no pasar los peligros extremos de aquellas horas de ansiedad. El mariscal Mailly, á quien el rey habia confiado el mando de las tropas, tenia órden de impedir á toda costa la violacion del domicilio real.

Dos esperanzas vagas quedaban todavía en lo íntimo del pensamiento del rey y de la reina durante las primeras perplejidades de esta jornada. La primera era que la mayoría de la Asamblea, conmovida por el abatimiento del trono y envane-cida por darle asilo, tendria bastante generosidad é imperio sobre el pueblo para volver al rey á su palacio y vengar con este paso al poder ejecutivo. La segunda era que el pueblo y los marseleses, empeñando el combate á las puertas de palacio, serian destruidos por los suizos y por los batallones de la guardia nacional, y que la victoria ganada en las Tullerías desembarazaria al rey de la Asamblea. Si no fué ésta la esperanza del rey y de sus consejeros, ¿es creible que este príncipe dejase pasar desde las siete hasta las diez de la mañana sin enviar á sus defensores, por un ministro ó por uno de los numerosos generales que le rodeaban, la órden de capitular y replegarse, asegurando con sólo esto tantas vidas comprometidas por su silencio? Luego esperaba un acontecimiento cualquiera, sea interior ó exteriormente. Su sola culpa fué no haberle dirigido. Aun despues de haber puesto á su mujer, á su hermana y á sus hijos bajo la proteccion de la Asamblea, podia volver á palacio con su escolta, reunir sus defensores y esperar el asalto. Si quedaba vencedor, tendria el prestigio que da la victoria; si vencido, no caeria en mayor infortunio, y al ménos caeria como rey.

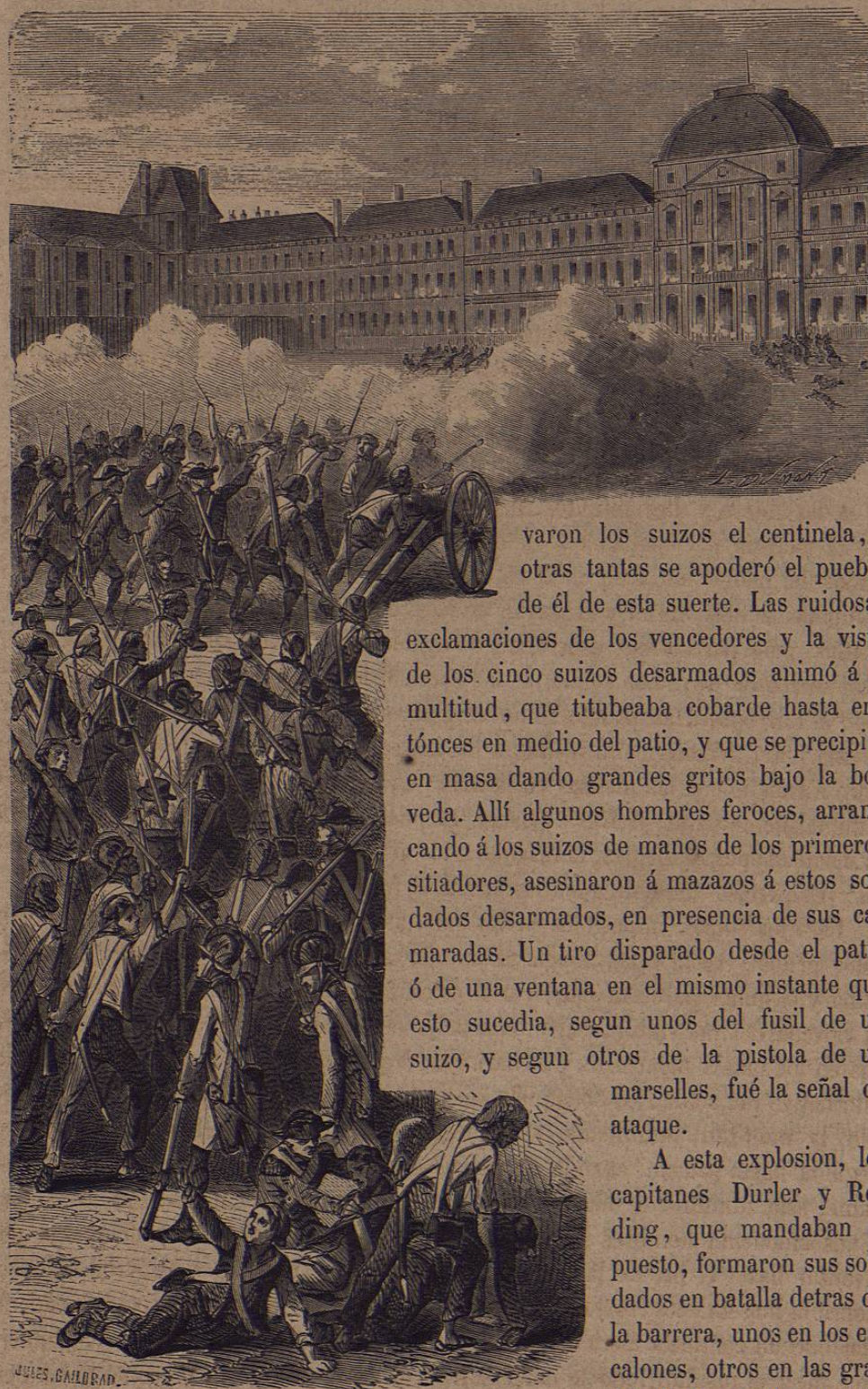
El palacio, desprovisto de parte de su guarnicion y de toda su fuerza moral por la ausencia del rey y de su escolta, se asemejaba más en este momento á un lugar público henchido de una multitud confusa, que á un cuartel general. Nadie daba órdenes, ni nadie las recibia; todo se hacía por casualidad. Entre los suizos y los nobles, unos hablaban de ir á la Asamblea á reunirse con el rey y morir defendiéndole aunque él no quisiese, y los otros de formar una columna de ataque, barrer con ella el Carrousel, tomar á la familia real y conducirla entre dos ó tres mil bayonetas á Rambouillet, y desde allí al ejército de Lafayette. Este último partido ofrecia probabilidades de buen éxito, pero todos eran capaces de proponer y

ninguno de ejecutar. El tiempo devoraba estos vanos consejos, y las fuerzas disminuían. Doscientos suizos con Mr. Bachmann, el estado mayor y trescientos guardias nacionales de los más resueltos, habían seguido al rey á la Asamblea y esperaban sus órdenes á las puertas del Picadero; no quedando en el interior de las Tullerías más que setecientos suizos, doscientos nobles mal armados, y unos cien guardias nacionales; en todo unos mil combatientes diseminados en una multitud de puestos. En los jardines y en los patios había aún algunos batallones desordenados y la artillería, que estaba dispuesta á volver los cañones contra palacio; pero la intrépida actitud de los suizos y las paredes solas de aquel edificio, que con tanta frecuencia se había pintado como el foco de las conspiraciones y el arsenal del despotismo, inspiraron al pueblo tal terror, que aflojó en su embestida.

VI

A las nueve y diez minutos, las puertas del patio Real fueron forzadas, sin que la guardia nacional hiciese ninguna demostración para defenderlas. Algunos grupos del pueblo entraron en el patio, pero sin aproximarse al palacio. Los contendientes se observaron y cruzaron de lejos algunas palabras que nada tenían de hostiles, pues parecía que esperaban de comun acuerdo lo que la Asamblea decidiese acerca del rey. Las columnas del arrabal de San Antonio aún no habían llegado al Carrousel; tan pronto como empezaron á salir del dique y á desembocar en esta plaza, Westermann mandó á los marseleses que le siguiesen, entró el primero á caballo con las pistolas en la mano en el patio, y formó su tropa despacio y militarmente dando frente á palacio. El pueblo prorumpió al ver esta maniobra en aclamaciones de alegría, abrazando á los artilleros y gritando: «¡Mueran los suizos! ¡Es preciso que entreguen las armas al pueblo!»

Pero los suizos, impasibles en las puertas y en las ventanas del palacio, oían estos gritos y veían estas amenazas sin dar ninguna señal de emoción. La disciplina y el honor parecían petrificar á estos soldados; sus centinelas puestos bajo la bóveda del peristilo paseaban con tanta serenidad como si estuviesen de guardia en los patios silenciosos y solitarios de Versalles. Cada vez que con este paso alternativo del soldado de centinela se aproximaban al patio y á la vista del pueblo, la multitud, intimidada, se replegaba sobre los marseleses, volviendo en seguida hácia palacio, cuando los suizos desaparecían bajo el vestíbulo. No obstante, esta multitud se hacía audaz poco á poco, aproximándose más cada vez. Unos cincuenta hombres de los arrabales y algunos federados concluyeron por avanzar hasta el pié de la escalera principal. Los suizos se replegaron entonces sobre la meseta y los escalones separados del peristilo por una barrera de madera, dejando un centinela fuera de ella. Este tenía orden de no hacer fuego; cualquiera que fuese el insulto, todo lo debía sufrir con paciencia, y la sangre no debía deramarse por tan poco. La longanimidad de los suizos envalentonó á los sitiadores, y el combate empezó por un juego; la risa preludió la muerte. Dos hombres del pueblo, armados con unas largas alabardas con las cuchillas retorcidas, se acercaron al centinela y le cogieron por el uniforme ó por el cinturón con el gancho de la alabarda, atrayéndole con fuerza hácia sí, con estrepitosas risotadas de alegría de la multitud, y entonces le desarmaron y le hicieron prisionero. Cinco veces rele-



Ataque general de las Tullerías.—Pág. 510.

varon los suizos el centinela, y otras tantas se apoderó el pueblo de él de esta suerte. Las ruidosas exclamaciones de los vencedores y la vista de los cinco suizos desarmados animó á la multitud, que titubeaba cobarde hasta entonces en medio del patio, y que se precipitó en masa dando grandes gritos bajo la bóveda. Allí algunos hombres feroces, arrancando á los suizos de manos de los primeros sitiadores, asesinaron á mazazos á estos soldados desarmados, en presencia de sus camaradas. Un tiro disparado desde el patio ó de una ventana en el mismo instante que esto sucedía, según unos del fusil de un suizo, y según otros de la pistola de un marseles, fué la señal de ataque.

A esta explosión, los capitanes Durler y Redding, que mandaban el puesto, formaron sus soldados en batalla detrás de la barrera, unos en los escalones, otros en las gradas de la capilla que los domina, y el resto en los